

María del Mar del Pozo Andrés

Justa Freire o la pasión de educar

Biografía de una maestra atrapada
en la historia de España (1896-1965)

Octaedro 

Justa Freire o la pasión de educar
Biografía de una maestra atrapada en la historia de España (1896-1965)

Este libro ha sido posible gracias al apoyo de la Fundación Ángel Llorca.

Primera edición: junio de 2013

© María del Mar del Pozo Andrés

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

www.octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-414-6

Depósito legal: B. 16.362-2013

Diseño y producción: Ediciones Octaedro

Fotografía de la cubierta: Justa Freire y M.^a del Carmen Cabello. Archivo particular de M.^a del Carmen Cabello

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

PRÓLOGO

Memoria viva de Justa Freire

UNA MAESTRA MIRA DE FRENTE A UNA ALUMNA y en esa mirada está contenida toda la historia de España.

Esta es la historia de un amor, de un amor profundo a una profesión: a la escuela, a una forma de vida, a una ética, y la enamorada se llama Justa Freire.

Esta maestra ya tiene nombre, ya existe para nosotros, no como muchas otras cuyo pulso late en las obras de las que ya murieron. Nombrar es existir. La palabra que ofrecemos para pensar en Justa Freire la hallamos en la palabra que la define por antonomasia: dignidad. El significado implica también otros sueños, otros anhelos, buscados, encontrados en la coherencia en el trabajo bien hecho.

Como lectores somos testigos de lo que aconteció en la historia que se nos cuenta y de las repercusiones de futuro que aquello iba a acarrear; como Fundación somos no solo testigos, ofreciendo testimonios de lo sucedido; también tenemos una responsabilidad y es conseguir que el presente sea más certero asegurándonos de no ignorar aquel pasado. Para ello contamos con los documentos escritos de primera mano por la propia Justa, facilitados por Carmen Cabello, hija adoptiva de Justa, que nos traspasa en esa entrega generosa y firme el calor de la confianza y el deseo ferviente de hacer justicia intelectual con los que no están.

La encargada de dotar no solo de rigor sino de belleza a esos escritos es la autora de este libro, M.^a del Mar del Pozo, como testigo de presente que observa desde fuera toda la historia de España a través de la mirada de esa maestra, y con ella la historia de casi un siglo de historia de nuestro país, de nuestra educación. Y acerca a la mirada del lector todo un mundo que le precede hasta hacérselo suyo, pareciendo que siempre le ha pertenecido.

La escritura de M.^a del Mar del Pozo consigue siempre agrandar la historia mínima, familiar, hasta la inmensidad de la historia de una escuela, de un país, de un ideal. Y consigue así hacer de la escritura testimonio de vida.

Y la cavidad en la que se contiene y se da cobijo a toda esta experiencia vuelve a ser la Editorial Octaedro, cuyo paso camina junto al nuestro desde el preciso momento en el que nuestras miradas se cruzaron.

Esta es la historia de un amor, de un amor profundo a una profesión y el destino de ese amor es rescatar del olvido a aquellos maestros que realizaban unas pedagogías renovadoras y transformadoras en lo educativo y en lo social. Ayudándonos hoy a entender que son pedagogías que tienen plena vigencia, y más aún en estos momentos de regresión. En este libro late viva la historia de nuestra España y suena el eco de la llamada de nuestros maestros y maestras, cuya historia corre por estas páginas.

Un nuevo verano... y seguimos viviendo.

ÁNGEL LLORCA

Desde esta primavera evocamos otras más antiguas y somos conscientes de que ahora sí podemos seguir viviendo.

FUNDACIÓN ÁNGEL LLORCA



PRESENTACIÓN

Justa Freire, una maestra y su circunstancia

*Historia
es hacer memoria.
Memoria es alma en historia.
Cangilón a cangilón,
sacar agua de la noria
del pozo de la ilusión. [...]
Memoria
es hacer historia.¹*

EL POEMA QUE ENCABEZA ESTAS LÍNEAS, escrito por José Bergamín, un contemporáneo de Justa Freire, con el que posiblemente se encontraría alguna vez, allá por los años veinte o treinta del siglo XX, en la Residencia de Estudiantes o en el Ateneo, nos habla de las relaciones tan estrechas que existen entre memoria e historia. Si la memoria es el alma de la historia, y la historia es hacer memoria, este libro, que es la biografía de una mujer ordinaria y extraordinaria a la vez, puede ser visto también como el retrato caleidoscópico de una parte de la historia de España, que adquiere unas formas y figuras cambiantes a través de su mirada.

Justa Freire fue nada más y nada menos que una maestra de escuela primaria. Digo «nada más» porque, en un país donde la figura del docente ha estado siempre ligada en la mentalidad popular a una imagen de pobreza y modestia, el dedicarse a la enseñanza ha sido considerado como algo de escaso prestigio y parca brillantez social. Y digo «nada menos» porque, en el fondo, todo el mundo sospecha de la importancia que tiene el maestro en la sociedad, y, aunque casi nunca se exprese con palabras, se manifiesta a través de los hechos. ¿Cómo interpretar, si no, la obsesión legisladora sobre la educación pública que han demostrado absolutamente todos los gobiernos en los doscientos años de existencia del sistema educativo español?

Justa Freire fue una persona ordinaria a la que su circunstancia convirtió en extraordinaria. Y utilizo ese concepto de «circunstancia», acuñado por el filósofo Ortega y Gasset, porque a Justa, gran admiradora de su obra, le hubiera encantado interpretarse y que se la interpretara a partir de categorías definidas por el intelectual madrileño, quien las construyó precisamente en la época en la que ella crecía y florecía como mujer y como profesional. De todas las interpretaciones que se le han dado a la famosa afirmación orteguiana, yo me quedo con aquellas que explican su circunstancialismo como una comprensión del yo unido indisolublemente a las circunstancias en las que este está inmerso, pues desde las más transcendentales hasta las

1. Bergamín, J.: «Duendecillos y Coplas» (publicado en 1963), en *Poesías casi completas*, Madrid, Alianza, 1980, pp. 97-98. Se ha corregido la palabra «canjelón», que aparecía en el original, por «cangilón».

más ligeras, todas ellas contribuyen a configurar la totalidad de la persona y ayudan a entender las facetas innumerables que componen y descomponen a un individuo.

La primera «circunstancia» que convirtió a Justa Freire en una persona extraordinaria es su circunstancia histórica, vital, y, dentro de ella, su pertenencia a una generación determinada. Como ya he contado en una ocasión anterior, algunos maestros de los años veinte del siglo xx introdujeron la categoría generacional como parte de su identidad como docentes, posiblemente por la admiración que les despertaba el inspirador de esta idea, que no era otro que el filósofo Ortega y Gasset.² Y se consideraron miembros de un grupo pedagógico que tenía su paralelismo, en lo intelectual, con la conocida como «generación de 1914» y, en lo literario, con la aún más famosa «generación de 1927». Este grupo de docentes, muy bien preparados culturalmente y casi todos viajeros vocacionales y europeístas convencidos, iniciaron su vida profesional en la escuela rural, en la que llevaron a cabo sus pinitos reformistas y asumieron con entusiasmo la misión orteguiana de «sembradores de ideas». Fueron maestros y maestras reflexivos con su propia práctica, que llegaron a crear un estilo docente propio, en el que integrarían y adaptarían modelos pedagógicos extranjeros, incardinándolos en su tradición educativa personal. La mayoría de ellos salieron a la palestra pública, no solo como autores de artículos publicados en revistas profesionales sobre sus experiencias y su pensamiento práctico, sino también como firmantes de manifiestos, fundadores de aventuras asociacionistas o participantes en reuniones para lanzar a la Administración educativa propuestas renovadoras. Fueron los maestros y maestras más conocidos en la etapa republicana, en la que desempeñarían un papel —siguiendo la terminología orteguiana— de «mentores» de la masa magisterial, pues la mayoría accedió a las Direcciones de escuelas graduadas o a las Inspecciones tras las oposiciones realizadas en 1932 y 1933. Y precisamente por eso, también serían los más castigados por el régimen franquista, que, en general, los apartó de sus puestos de trabajo después de la Guerra Civil, permitiendo que volvieran a reingresar en el magisterio nacional solo en casos muy puntuales y nunca en los cargos que habían ganado, mediante oposiciones libres, antes de la contienda.

A esta generación perteneció un amplio elenco de docentes, entre los que se incluyen figuras como Pablo de Andrés y Cobos, Norberto Hernánz y David Bayón en Segovia, Luis Huerta en El Escorial, Lorenzo M.^a Durán Coll en Baleares, Raimundo Torroja y Concepción Sáinz-Amor en Barcelona, Patricio Redondo Moreno en Lérida, Rafael Verdier Vázquez en Málaga, María Sánchez Arbós, Rosalía Prado Moreno, Elisa López Velasco, Justa Freire Méndez, Victoria Zárata, Emilio Gazapo Abelló, Dionisio Correas y Sidonio Pintado en Madrid, Fernando San Martín en Huesca, Santiago Hernández Ruiz y Domingo Tirado Benedí en Aragón, Antonia de la Torre Martínez en Lousame (A Coruña), Amparo Navarro Giner en Valencia y un largo etcétera de maestros y maestras. A todos ellos podemos identificarlos como la «generación tronchada», ya que se les mutiló, se les cercenó su vida profesional en el momento en el que estaban en la cúspide de sus carreras, en el instante estelar de mayor productividad pedagógica, cuando podían aprovechar al máximo su esme-

2. Pozo Andrés, M.^a M. del: «La construcción de la categoría “maestra republicana”: la tipología generacional como propuesta», en Sánchez de Madariaga, E. (ed.): *Las maestras de la República*, Madrid, La Catarata, 2012, pp. 236-270.

rada preparación y su experiencia docente y se encontraban incluso en condiciones de influir en los poderes públicos para orientar la política educativa de la época. Ese enorme capital humano se perdió, y con él la memoria de sus logros y de sus obras, una memoria que ha empezado a recuperarse muy lentamente en los últimos años.

Esta última reflexión me lleva a analizar la segunda «circunstancia» de Justa Freire, que es la de la construcción y conservación de su archivo personal. «Arquivar a própria vida obedece a um projeto autobiográfico» nos dice la profesora Ana Chrystina Venancio Mignot.³ Al estudiar el legado de una educadora brasileña perteneciente al movimiento de la Escuela Nueva, Armanda Álvaro Alberto, nos hace ver que «deixou em seus velhos papéis aquilo que pretendia immortalizar».⁴ Con este concepto de «archivar la propia vida» definió el historiador Philippe Artières esa voluntad de guardar los papeles que uno mismo produce o recibe.⁵ Y esta definición se aplica perfectamente al archivo de Justa Freire. Además de albergar muchos diarios y notitas autobiográficas, que nos hablan de una clara vocación personal por practicar las escrituras del yo a lo largo de su vida, el resto de documentos forman también un «banco de memoria»⁶ que trasciende lo individual para convertirse en parte del patrimonio histórico-educativo nacional. Cabe preguntarse, ¿por qué quiso Justa guardar y preservar todos esos «viejos papeles», cuya posesión le pudo acarrear en algunos momentos históricos graves problemas? ¿Y por qué fue acumulando tantos documentos? ¿Quiso legar a las jóvenes generaciones de educadores el testimonio de su experiencia? ¿Deseaba utilizarlos como fuente de esas publicaciones soñadas que nunca llegaron a materializarse? ¿Aspiraba a dejar constancia de sus reflexiones sobre la práctica docente? ¿Pretendía acumular trazos suficientes para que un día se pudiera escribir su biografía? ¿Anhelaba recomponer su yo, reconstruirse a sí misma después de todas las experiencias traumáticas que le tocó vivir? ¿O solo ansiaba abandonar un retazo de su alma, convertido en memoria, para ayudar en el futuro a escribir una historia que integrase todas sus «circunstancias» y las de su generación?

El hecho de que Justa Freire salvase su archivo de la destrucción, y que su familia lo haya preservado y legado a la Fundación Ángel Llorca para su conservación y estudio, es el que ha permitido la elaboración de esta biografía. Y su planteamiento está muy cercano a los enfoques históricos y sociológicos más en boga en la actualidad, que pretenden construir las situaciones sociohistóricas a partir de las personas anónimas, que acaban convirtiéndose en los protagonistas y héroes de la Historia. Es la historia contada «desde abajo», que permite conectar lo individual con lo global, que nos acerca a una nueva comprensión de la sociedad en la que los individuos entran a formar parte de la historia, transformándose en actores sociales, que posibilita la confrontación de las grandes reformas políticas o educativas, acometidas por decreto-ley, con la realidad de la vida cotidiana, a cuya superficie ni siquiera llegan ni sirven para transformarla. De ahí el inmenso poder desmitificador que Franco Ferraroti

3. Mignot, A.C. Venancio: «Editando o legado pioneiro: o arquivo de uma educadora», en Mignot, A.C. Venancio; Camara Bastos, M.^a H. y Santos Cunha, M.^a T. (Orgs.): *Refúgios do eu. Educação, história, escrita autobiográfica*, Florianópolis, Mulheres, 2000, p. 126.

4. *Ibíd.*, p. 125.

5. Artières, P.: «Arquivar a Própria Vida», *Estudos Históricos*, 11-21 (1998), p. 9.

6. Prat i Carós, J.: «La memoria biográfica y oral y sus archivos», *Revista de Antropología Social*, 18 (2009), p. 274.

ha señalado para estas historias de vida y su capacidad como elementos mediadores, como mediaciones entre la historia individual y la historia social.⁷

La comprensión de las facetas personales de Justa Freire es la tercera «circunstancia» que convierte el estudio de su biografía en un hecho apasionante. Uno de los rasgos más característicos de su personalidad fue, en palabras de sus más allegados, «el hacer de la amistad una religión». Buscó y encontró amigos en ambientes muy diferentes, en países muy distantes, en grupos sociales muy enfrentados, en espacios muy dispares. Y estas relaciones que fue creando actúan como hilo conductor para adentrarnos en facetas conocidas o desconocidas de la historia de España, vistas a través de los ojos de sus protagonistas. Sobre algunos de ellos se han escrito ríos de tinta, pero otros son personajes anónimos y que, sin embargo, cumplieron funciones estelares en episodios históricos que pueden parecer menores, pero que son los que tejen el entramado de la «alta» Historia.

Y si nos acercamos a Justa Freire como persona, como ser individual con sus anhelos y sus contradicciones, con sus creencias y sus dudas, con sus certezas y sus miedos, y profundizamos en su evolución a lo largo de su trayectoria vital, notamos la enorme riqueza de matices que presenta todo ser humano. En una historia de carácter global, todos los individuos quedan clasificados de acuerdo con una serie de características externas que atienden a su ideología, clase social, género o credo religioso. Estas historias suelen estar escritas de forma bipolar, en blanco y negro, con afares clasificatorios propios del mejor entomólogo. Pero la biografía de Justa Freire nos muestra la enorme gama de grises que esconde cualquier individuo y el riesgo que supone intentar entender la sociedad mediante procesos reduccionistas de catalogación.

Una consideración que se hace a aquellos que quieren adentrarse en el género biográfico es la necesidad de crear una gran empatía con el biografiado, lo cual lleva al biógrafo a preguntarse continuamente por los motivos de su elección, a cuestionarse su grado de identificación con el personaje y a desarrollar casi su propia autobiografía. De ahí que la escritura biográfica se vea como un ejercicio de madurez, no adecuado para personas jóvenes e inexpertas. Por otra parte, un biógrafo siempre escribe desde su presente, pero sus hipótesis serán reconsideradas por las generaciones futuras, de ahí que se puedan escribir nuevas biografías de los mismos personajes en diferentes tiempos históricos y desde distintas perspectivas, en definitiva, en otras circunstancias. Para poder escribir una biografía se tiene que dar una especie de conjunción astral que permita hacer coincidir el tiempo histórico del biografiado y el del biógrafo.

Estas reflexiones han bullido en todo momento en mi cabeza, y he cavilado mucho sobre ellas mientras intentaba escribir la biografía de Justa Freire. Sé que sólo podría haber hecho este trabajo aquí y ahora; este era el momento en que ambas debíamos encontrarnos y así ha sucedido. Como dijo Antonio Machado, «de toda la memoria, solo vale el don preclaro de evocar los sueños».⁸ Ella tenía un sueño, y yo espero convertirlo en realidad.

7. Ferraroti, F.: *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, Península, 1991, pp. 162 y 164 y Ferraroti, F.: *On the Science of Uncertainty. The biographical method in Social Science*, Oxford, Lexington Books, 2003, pp. 20 y 55.

8. Agradezco al profesor Agustín Escolano que me regalase esta cita y me pusiera en la pista de su autor.

CAPÍTULO I

Una niña que se educó a sí misma: orígenes y formación de Justa Freire

TODAS LAS HISTORIAS TIENEN UN COMIENZO. Y la nuestra empieza un 4 de agosto de 1896, día en el que, aproximadamente a las once de la mañana, nació una niña en el domicilio familiar de Moraleja del Vino (Zamora). Era el cuarto vástago del matrimonio formado por Arturo Freire Bragado y Justa Méndez Mangas, quienes llevaban casados ya casi once años. Esta niña, a la que se impuso el nombre de su madre, sería Justa, la protagonista de una historia de amor y apasionamiento por la escuela y la enseñanza.

Para un historiador, hasta los documentos más prosaicos le susurran historias de ausencias y desencuentros. Y para mí, fue la partida de nacimiento de Justa, presentada varias veces a lo largo de su vida profesional, la que me puso sobre la pista de los vacíos que pudo encontrar en su infancia. Lo primero que sorprende de ella es que fuese su tía Juana, la hermana de su madre, la encargada de inscribirla en el Registro Civil, y no un padre al que suponemos feliz y orgulloso de su reciente paternidad. La segunda e importante información que nos proporciona este documento es que todos sus abuelos, tanto los paternos como los maternos, ya habían fallecido en el momento en el que vino al mundo. Y esta realidad, no solo supondría una posible carencia afectiva para la recién nacida, sino que también implicaría quizás el comienzo de esa lenta disgregación que se produce en las familias cuando desaparece el tronco común que los mantenía unidos.

Moraleja del Vino era un pueblo al que la industria viticultora había convertido en relativamente próspero a finales del siglo XIX. Con varias fábricas y tejares y buena comunicación ferroviaria con la capital, puede ser considerada como una zona semi-rural y muy cercana a los núcleos urbanos, pues solo la separaban nueve kilómetros de Zamora. Sí que existían grandes diferencias sociales, esos desniveles que harían germinar lentamente los odios desencadenados de forma brutal durante la Guerra Civil. Así, en este pueblo de no más de 2.500 habitantes, y desde las últimas décadas decimonónicas, todas las tierras se acumulaban en las manos de diez familias de

grandes propietarios, quienes daban trabajo a un gran número de jornaleros, también vecinos del pueblo y carentes de cualquier propiedad.¹

Uno de esos jornaleros era Arturo Freire Bragado, el padre de Justa, que provenía de una familia originaria de la misma localidad. Entre sus habilidades profesionales se incluía la de ser un reputado zahorí, de manera que recorría los terrenos del pueblo con su horquilla de madera localizando bolsas de agua que garantizasen el regadío en las propiedades de los ricos hacendados. Y en su búsqueda de pozos escondidos desapareció de la vida de su mujer y de sus hijos.²

Moraleja del Vino tenía una tradición ilustrada y ofrecía unas posibilidades culturales superiores a las de otros pueblos en el último cuarto del siglo XIX. Así, en 1873 se inauguró allí la primera biblioteca pública de la provincia, anterior a la creación de la de Zamora capital. También gozaban de una compañía permanente de teatro para aficionados y de una pequeña librería organizada por Adolfo Fernández, un farmacéutico y poeta que recibía en su establecimiento los prospectos de las principales editoriales.³ Parece que las perspectivas educativas eran mejores de lo habitual en las zonas rurales y ello quizás sirva para explicar la sorprendente alfabetización de la madre de Justa, quien hacia 1877, año en el que el censo arrojaba un porcentaje del 80,98% de mujeres analfabetas en España, tuvo la posibilidad de aprender a leer y escribir con la suficiente corrección como para ser capaz de componer textos personales legibles.

Justa Méndez Mangas había nacido también en el mismo pueblo, aunque sus padres provenían de otros municipios zamoranos cercanos, Casaseca de las Chanas y Cuelgamures. Dedicada, como casi todas sus contemporáneas, a las labores propias del hogar, hay algunos rasgos en ella que resultan peculiares para los hábitos sociales de la época, siendo el más curioso el hecho de que fuese ella —y no su marido— la encargada de escribir una pequeña crónica familiar. Ese «Cuaderno para uso de Justa Méndez Mangas»⁴ se inicia con un escueto y revelador «Me case con Arturo el 17 de Octubre 1885», para pasar a anotar a continuación los hechos que consideraba más relevantes de la vida de cada uno de sus hijos: su fecha de nacimiento, los padrinos de bautizo, la edad en la que les salió el primer diente y en la que comenzaron a andar solos, el momento en el que comulgaron por primera vez y, en algunos de ellos, su fallecimiento.

A través de este documento reafirmo mi hipótesis sobre el aislamiento familiar del matrimonio Freire. Entre 1886 y 1901 tuvieron seis hijos, siendo tres de ellos

1. Dios Vicente, L. de: «Control y represión en Zamora (1936-1939). La violencia vengadora ejecutada sobre el terreno», *Historia y Comunicación Social*, 7 (2002), p. 63.

2. Nada se sabe de la vida de Arturo Freire Bragado. Es muy posible que emigrase a Argentina y allí se le perdió el rastro. Su mujer, Justa Méndez, solicitó la «declaración de ausencia» del marido en 1925, y debía reunir los requisitos para aceptarla, puesto que el juez de Primera Instancia del partido de Colmenar Viejo la certificó. Las condiciones requeridas, según el artículo 184 del Código Civil de 1889, eran que hubiera transcurrido un lapso de dos años «sin haberse tenido noticias del ausente o desde que se recibieron las últimas», o cinco en el caso «de que el ausente hubiere dejado persona encargada de la administración de los bienes». Declaración de ausencia de Arturo Freire Bragado, *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 127 (29 de mayo de 1925), p. 4.

3. Martínez, J.A. (dir.): *Historia de la edición en España. 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2001, p. 139.

4. «Cuaderno para uso de Justa Méndez Mangas», Legado Justa Freire, Fundación Ángel Llorca. Se ha respetado en todo momento la grafía original.

amadrinados por Juana Méndez Mangas, aparentemente la única hermana de la madre.⁵ El primer niño, José, fue apadrinado por «su tío José Ramos». Este era el marido de la tía Juana, que pronto moriría. El padrino de otros dos hijos, entre ellos la propia Justa, fue su hermano mayor, José, a la sazón un niño que no había cumplido los diez años. En los casos de Julio y Juana no se recoge siquiera el nombre del padrino, y los restantes vástagos fueron apadrinados por personas que no creo emparentadas con la familia, pues ninguno de los apellidos coincidía ni siquiera con los ocho que conocemos de los cuatro abuelos. Por lo tanto, las únicas personas del círculo familiar a quienes Justa Méndez confió esa función del apadrinamiento, tan importante en la tradición católica española, fueron su hermana Juana⁶ y su hijo primogénito, José. También llama la atención la elección de los nombres de cuatro de los hijos —José, Juana, Justa y Genaro—, todos ellos provenientes de la genealogía materna, mientras que solo el más joven, Ramón, recibió el nombre de los abuelos paternos —que, además, se llamaban Ramón y Ramona— y a ninguno se le puso jamás el nombre del padre, Arturo.

Este cuaderno familiar rezuma, entre sus escasas líneas, una historia de tragedias y sufrimientos. El 18 de marzo de 1897, cuando Justa tenía siete meses, cayó enferma de anginas «cangrenosas» su hermana mayor, Juana, que tenía a la sazón casi cuatro años y murió una semana después, el 26 de marzo. Tras el escueto lamento que la madre confió al secreto de su cuaderno, «pobre ija mia», se adivina el tormento de una mujer enfrentada por primera vez a la pérdida de uno de sus retoños. Pero la historia se repetiría, pues el 24 de septiembre de 1903 se le murió el benjamín, Ramón, que aún no había cumplido los dos añitos, y de nuevo un lamento que las puntuaciones exclamativas hicieron más agudo, «¡pover ijo mio!», definió la profundidad de su pena.

Justa viviría con intensidad la muerte de Ramón, pues ya tenía siete años y, aunque no recordara la de Juana por su corta edad, seguro que le impactó el ambiente de pérdida y dolor que posiblemente acompañase siempre a su madre y que se entremezclaba con un redoble de protección y ternura hacia ella, la única hija que le quedaba, para evitarle más sufrimientos. Una anécdota que relataba años después, en una de las escasas remembranzas de su infancia, ilustra esta actitud materna. Como Justa era más feílla que su hermana, unas vecinas indiscretas comentaron lo mucho más conveniente que hubiera sido que la fallecida fuese ella, pues su físico prometía un futuro más incierto. La madre corrió a taparle las orejas para que no oyese y pensase escuchando que alguien le deseaba la muerte aunque, como se ve, con escaso éxito, pues la niña, que debía ser muy pequeña, lo captó, lo comprendió y valoró en lo que valía la actitud protectora de su madre hacia ella.

5. Justa Méndez debía tener al menos dos hermanos varones más. Uno de ellos sería el padre de Josefa Méndez Rodríguez, del que desconozco el nombre. El otro fue Gregorio Méndez Mangas, el tío Gregorio, que aparece en ocasiones en los diarios y correspondencia de Justa. Este llegó a ser un contratista de obras con bastante prestigio en Zamora, como lo acreditan las reseñas laudatorias que se publicaron con motivo de su fallecimiento. «D. Gregorio Méndez Mangas», *Imperio: Diario de Zamora de Falange Española de las JONS*, 4.434 (11 de enero de 1951), p. 2.

6. La relación entre las hermanas debía ser muy estrecha porque Juana Méndez en 1898, ya viuda, dictó un testamento haciendo a Justa heredera universal de todos sus bienes. Testamento de Juana Méndez Mangas. Legado Justa Freire, Fundación Ángel Llorca.

Otro signo de la relativa bonanza cultural que tenía el pueblo de Moraleja del Vino a comienzos del siglo xx era su infraestructura educativa. Según los datos estadísticos publicados en los documentos de la época, poseía el número de escuelas públicas marcadas por la Ley Moyano de 1857, una prescripción que, si bien se había quedado obsoleta por el tiempo transcurrido desde su promulgación, aún no cumplían la mayoría de los municipios de España. En el caso de este pueblo zamorano se le calculaba una población de derecho de 2.487 habitantes en 1908, y una población escolar de niños/as de 6 a 12 años de 304 infantes. Para atenderlos se consideraba que su Ayuntamiento debía crear dos escuelas elementales masculinas y otras dos femeninas, y este era precisamente el número de escuelas existentes en la primera década del siglo xx, albergando las de varones, además, dos clases de adultos.⁷ En el pueblo no había ningún centro privado, toda la red escolar era de titularidad pública. Por lo tanto, Moraleja del Vino contaba con cuatro aulas primarias, dos para cada sexo, ubicadas al menos en dos locales diferentes, y con cuatro maestros/as. Si en cada una de ellas se habían matriculado unas 70 criaturas, ratio bastante habitual en la época, podemos decir que en este pueblo las necesidades educativas estaban más o menos cubiertas, si bien el absentismo escolar sería elevado, como era habitual en todas las zonas rurales de España.

Una de estas criaturas era Justa Freire. Y precisamente los recuerdos más fuertes de la infancia de Justa son los relacionados con la escuela, pues en ella se decidió su vocación por la enseñanza, y no por admiración hacia los ejemplos docentes que encontró en su niñez, sino precisamente para poder romper con los modelos educativos que padeció su generación. Ella misma explicaba años después esa misión que correspondía a los jóvenes docentes que, como ella, aún tenían vivo «el recuerdo de nuestra escuela primaria. Nuestros maestros nos oyen. Aprendimos a leer, escribir y contar. Estos son los valores positivos que sacamos de ella. Los negativos están más vivos. Es mayor la tristeza de no haber vivido en ella nuestra vida: falta de alegría, agrupados a centenares, sentados horas y horas en filas... ayer... casi hoy... cantando tristemente la gramática, la geografía, la historia... Para qué seguir».⁸

Justa, según me contó el actual alcalde de Moraleja del Vino Guillermo Freire, pariente lejano suyo,⁹ acudió, casi con total seguridad, a unas escuelas ubicadas en un edificio de propiedad municipal que, muchos años después, se convertiría en el cine Martín. En ese local la clase de niñas se encontraba en el piso bajo y la de varones en el principal. Jerónimo, el padre de Guillermo, recuerda que, en su infancia —a comienzos de la década de los treinta— en cada aula había unos 50 o 60 alumnos.¹⁰ Justa debió tener una maestra joven, pues hacia 1960 apuntaba que «todavía vive en Salamanca». A pesar de su juventud, practicaba los métodos pedagógicos más obso-

7. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes: *Censo Escolar de España llevado a efecto el día 7 de marzo de 1903*, Tomo I, Madrid, Imp. de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1904, p. 453 y Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes: *Estadística Escolar de España en 1908*, Tomo II, Madrid, Imp. de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1909, pp. 994-995.

8. Freire, J.: «El ambiente. Los primeros elementos del hacer en la escuela», *Revista de Pedagogía*, 116 (1931), p. 343.

9. El parentesco entre ambos se remonta a dos generaciones anteriores, pues Justa era prima de don Jerónimo, el abuelo de Guillermo Freire, de manera que en su familia la han conocido siempre como «tía». Entrevista realizada a Guillermo Freire, alcalde de Moraleja del Vino.

10. Entrevista realizada a Jerónimo Freire, padre de Guillermo y pariente de Justa Freire.

letos, pues una Justa aún traumatizada escribía en su madurez que «recuerdo como si fuera ahora, los sufrimientos de las niñas y los lloros cuando no sabían la lección»,¹¹ lloros que debían escaparse por las ventanas de la escuela y que llegaban a los oídos de una párvula que aún no estaba escolarizada pero que sabía que no podría escaparse de ese triste destino.

Por eso, en un arranque que nos dice mucho sobre su carácter voluntarioso, Justa decidió aprender a leer sola a los tres años, con el *Juanito* de Parravicini que le proporcionó su madre. Esta también le leía los textos que acompañaban a las ilustraciones, para que la niña se los aprendiera, y luego se los preguntaba en voz alta, quizás delante de esas vecinas deslenguadas que tan poco habían apostado por su futuro, «para demostrarles mi prodigiosa memoria». ¹² Un buen día Justa fue capturada por la maestra y esta le dijo, ¡a ella!, ¡a una niña con menos de cuatro años!, que «ya era mayor» y que «tenía que empezar a estudiar el *Manual*», por lo que comenzó a llorar anticipando castigos futuros. Así logró conmover a la docente, quien le dejó elegir el texto que quería estudiar. Ella escogió el ya conocido, en su versión femenina, esto es, «la buena Juanita», y dejó impresionada a la maestra con sus conocimientos: «cuando vio que leía de corrido, salió [corriendo, tachado] a decirle a mi madre que sabía leer, pero ella ya lo sabía». ¹³

En este relato podemos intuir el orgullo de la madre por los logros de su hija, pero también la personalidad ya muy definida de esta. Parece que entre madre e hija se produjo una complicidad, ya que pergeñaron un método de aprendizaje de la lectura de carácter globalizado, en el que la niña reconocía la forma y el dibujo de las palabras, para luego descomponerlas en sílabas y letras y componer con ellas nuevos vocablos. Es posible que la motivación positiva de la madre —por contraposición al previsible castigo de la maestra— fuese determinante en la rápida adquisición de la lectura, que complementó también con un aprendizaje muy personal de las habilidades escribanas: «No me libré de la escritura de palotes, efes, eles, etc., que hacía también con la regadera en el suelo de la puerta de mi casa». ¹⁴

Justa pensaba que, a partir de su propia experiencia lecto-escribana, quedó forjada su vocación como maestra, por el deseo de enseñar a leer y escribir a los niños y niñas de forma diferente, de manera alegre y agradable. Pero es muy posible también que este episodio ayudase a construir firmemente en el pueblo una imagen de ella como mujer altamente capacitada para seguir estudios superiores. Y la única salida profesional de carácter intelectual que se le ofrecía a una mujer de su época era la carrera de Magisterio. Su probada precocidad posiblemente hiciera acariciar a su madre y a su tía Juana la ilusión de proporcionar a Justa unos estudios de maestra, siguiendo el camino que ya había abierto uno de los miembros de la familia Méndez, la prima Josefa, unos ocho años mayor, que obtuvo el título en junio de 1905. ¹⁵

11. Freire, J.: «Para la rápida alfabetización» (artículo preparado para *Servicio*, s.f.). En *Viejos papeles de Don Ángel Llorca*. PDF editado por la Fundación Ángel Llorca y el Ministerio de Educación y Ciencia.

12. *Ibíd.*

13. *Ibíd.*

14. *Ibíd.*

15. Josefa Méndez obtuvo el título de Maestra Elemental, único accesible en la Escuela Normal de Zamora en los primeros años del siglo xx. *Heraldo de Zamora*, 2.485 (3 de julio de 1905), p. 2.

Y quizás diera alas a este anhelo el alivio financiero que supuso para la familia el que los dos hijos mayores, José y Julio, emigraran en los primeros años del siglo xx a Buenos Aires, en busca de un futuro mejor. Ahora bien, hemos de tener en cuenta que la práctica migratoria era habitual en la Moraleja del Vino de 1900, y no puede identificarse con una pobreza familiar absoluta. Muchos miembros de un mismo clan se marchaban todos juntos, «en un paquete»,¹⁶ lo que demostraba que sus parientes tenían recursos económicos para costearles un viaje en barco que no debía ser barato. Sobre cómo se sintieron los vástagos Freire, lanzados a buscarse la vida con un bagaje instructivo muy escaso, al ver que su decisión aseguraba un futuro profesional mucho más brillante para su hermana, más joven y además mujer, no podemos sino hacer conjeturas, unas conjeturas que se basan en los escasos testimonios epistolares conservados, a través de los cuales se transparenta la preocupación que vivió siempre Justa por demostrar ante ellos el prestigio logrado en su vida profesional, como si pretendiera justificar que había sido merecedora del esfuerzo familiar.

Así es que Justa, al llegar a los diez años, atesoraba un largo rosario de pérdidas: su padre y sus hermanos mayores, cuya ausencia la marcó con el vacío de una figura paterna de autoridad; su hermana Juana, que la dejó con el anhelo de una compañera de juegos y confidencias; su hermano pequeño Ramón, en el que podría haber volcado sus ansias de maternidad. Vivía en un mundo totalmente femenino, arropada por su madre y su tía Juana y con la presencia del último de sus hermanos, Genaro, dos años menor que ella. Y él también se fue a Buenos Aires. La madre, que posiblemente no hubiera salido nunca de Moraleja del Vino, no quiso dejarlo solo y se marchó con él. Esta fue una nueva pérdida, que la tía Juana reflejó con su propia letra en la crónica familiar, «el día 29 de enero de 1911 marcharon de Moraleja mi hermana y su ijo Genaro para embarcar el 1º de febrero».¹⁷ Ambos no volverían a España hasta 1918, para que Genaro pudiese cumplir su servicio militar.

Es muy posible que Justa pasara los últimos años de su infancia muy integrada en la familia Méndez, los hermanos y sobrinos de su madre. Su prima Josefa, flamante maestra titulada, no llegó a ejercer nunca el magisterio, dedicándose a trabajar en la empresa familiar, una pequeña pastelería en Moraleja del Vino, desde la que trasladaban sus productos, en un carro, a los pueblos de los alrededores. En ese negocio debió colaborar también Justa, pues años después, en 1918, cuando tuvo que describir por primera vez sus habilidades y formación, reconoció saber «poco de cocina», pero se consideró capacitada para enseñar «*algunos platos* de dulce porque hemos tenido confitería en casa».¹⁸ Al comienzo de la década de los años diez llegó a esa pastelería Gregorio Reglero, un confitero vallisoletano que se casó con Josefa Méndez Rodríguez. El nuevo matrimonio emprendería una aventura empresarial, trasladando su negocio a la capital en 1934, poniendo así la primera piedra de lo que luego sería la fábrica de galletas Reglero, famosa en Zamora y bien conocida a nivel nacional.

16. Entrevista realizada a Guillermo Freire, alcalde de Moraleja del Vino.

17. «Cuaderno para uso de Justa Méndez Mangas», loc. cit.

18. Carta de Justa Freire a Manuel Bartolomé Cossío (28 de agosto de 1918), en la que le indica las asignaturas que domina para cubrir una plaza como maestra en la Escuela de Villablino. Archivo de la Fundación Sierra Pambley (León). Subrayado en el original.

Su maduración en el seno de una familia luchadora y deseosa de ampliar sus horizontes geográficos y sociales puede explicar, en gran medida, el acceso de Justa Freire a una formación superior a la enseñanza primaria. Porque tiene un carácter de excepcionalidad el que una mujer procedente de un entorno rural iniciase la carrera de Magisterio al arrancar la segunda década del siglo xx. En realidad, requería provenir de un ambiente familiar no muy rico o burgués, ya que en ellos solía despreciarse, por superfluo, el estudio femenino; pero tampoco se podía haber nacido en un contexto muy humilde, pues en ese caso se carecía de medios económicos para financiar una aventura estudiantil que, sin ninguna ayuda estatal, era necesariamente muy cara. Esta tesisura la describió perfectamente un buen conocedor de Moraleja del Vino, su actual alcalde: «Me imagino que [Justa] no podía ser alguien muy desfavorecido, puesto que, si pudo recibir estudios, pues a lo mejor la familia, o hicieron un esfuerzo muy grande, o tenían medios económicos para darle estudios».¹⁹

Solo se puede comprender la excepcionalidad de Justa Freire a la luz de testimonios de personas que vivieron experiencias similares. En mi caso, fue Benita Jambrina, una conocida maestra zamorana, quien me iluminó sobre la heroicidad que supuso el que Justa iniciase su carrera magisterial, simplemente con el sencillo relato de una hazaña similar, vivida por ella misma, pero más de veinte años después. Doña Benita nació en Moraleja del Vino en 1917; sus padres eran personas de clase media, poseedoras de fincas y viñedos. También admiraban el ambiente intelectual y cultural, por lo que en su casa los docentes eran muy bien acogidos, sus padres «los mimaban», los consideraban imprescindibles, creían que un maestro era «lo más que se puede ser». Ella tuvo la suerte de educarse con una profesora recién llegada, Francisca Santamaría, toda una personalidad, recordada por los vecinos del pueblo como la primera mujer que fue alcaldesa en tiempos de la Segunda República. Doña Paca, como se la conoció generalmente, obtuvo el título de Maestra Superior en 1912 —de hecho, coincidió durante sus dos últimos años de estudios con Justa Freire en la Escuela Normal de Zamora— y, después de un corto paso por Madrid, trajo a Moraleja del Vino el aroma de la Institución Libre de Enseñanza, introduciendo en su escuela rural modernidades desconocidas hasta ese momento como, por ejemplo, el aprendizaje del Francés. Doña Paca animaba a las familias de las niñas más adelantadas para que las enviasen a realizar una carrera en Zamora, encontrándose con la oposición de los progenitores más acomodados: «Doña Francisca, me ha dicho mi madre que yo no tengo que estudiar, porque nosotros somos ricos». En el caso de Benita Jambrina, doña Paca perseguía continuamente a su padre: «Mire usted, no me diga que no tiene dinero. Cada año vende una finca y ya tiene para un año de estudios, y cuando se quiera dar cuenta, su hija tiene ya una carrera». A pesar de todo, el hecho que posibilitó que doña Benita estudiara fue, precisamente, la temprana muerte del padre, el que la madre no pudiera hacerse cargo de sus tierras, vendiese una gran parte de sus posesiones y se trasladase con sus hijos a la capital allá por 1931, justamente cuando ella, con catorce años, debía iniciar sus estudios en la Escuela Normal. Cuando hice notar a doña Benita lo epopéyico de su aventura estudiantil, le sugerí que quizás ella habría sido la primera

19. Entrevista realizada a Guillermo Freire, alcalde de Moraleja del Vino.

mujer de Moraleja del Vino en ir a formarse a Zamora y ella me susurró: «Había ido antes una...».²⁰

Esta una debió ser Justa Freire, y sobre los factores que se conjugaron en su caso para poder acceder a la carrera magisterial solo podemos apuntar conjeturas. Desde luego, no parece plausible que uno de ellos fuese la presión de su maestra, a juzgar por el despego con el que siempre habló de ella. Ese papel lo cumpliría quizás su prima Josefa y el propio runrún de los habitantes del pueblo, admirados ante una niña que aprendió a leer sola. Los necesarios elementos crematísticos debieron correr a cargo de su tía Juana, una viuda sin cargas familiares y que, a lo mejor, como la madre de doña Benita, decidió desprenderse de sus tierras y marcharse a vivir a Zamora, acompañando de paso a Justa en sus años de estudiante.²¹ Y el contexto o el caldo de cultivo necesario para que sus inquietudes pudieran materializarse en iniciativas exitosas, lo debió poner la industriosa familia Méndez y sus sueños de progreso social al calor del horno familiar. Pero lo único que sabemos con certeza es que con catorce años recién cumplidos, y sin más familiares a su lado que su tía Juana, empezó Justa sus estudios en la Escuela Normal de Maestras de Zamora, tras pasar el examen de ingreso en septiembre de 1910. Moró durante todo este tiempo en esa ciudad que, años después, diría que «parece dormida», en un piso de la calle de Balborraz. Allí hizo «vida de estudiante» y le parecía «de las más típicas y para mí de las más simpáticas».²²

A Justa le tocó vivir una época de decadencia de las Escuelas Normales, cuyas ramas masculinas estaban incorporadas a los Institutos de Segunda Enseñanza, mientras que las instituciones femeninas languidecían a la espera de una reorganización que no se produciría hasta 1914. La de Zamora fue elevada a Superior por R.D. de 1 de octubre de 1909, lo cual significaba, en la práctica, que podía impartir el título de Maestra Superior, para lo que era necesario habilitar mejores instalaciones y ampliar el claustro de profesoras. Las primeras fueron muy precarias en estos años,²³ y siempre en dependencia del Instituto de Segunda Enseñanza. El elenco docente también se incrementó progresivamente, y así llegó en junio de 1911, nombrada por concurso de traslado, la nueva profesora numeraria de la Sección de Letras, María González Almendral, con la que Justa forjaría una larga amistad.

Su influencia se hizo notar rápidamente, quizás reavivando su entusiasmo por la carrera docente, lo cual se tradujo en una mejora sustancial en su rendimiento académico. Si en el curso 1910-1911 Justa aprobó las ocho asignaturas pero solo obtuvo Sobresaliente en sus dos favoritas, las de Aritmética y Geometría y Dibujo; en el curso 1911-1912 logró cinco Sobresalientes. En junio de 1912 culminó la Reválida de Maestra Elemental con un discreto Aprobado, quedando la décima de las treinta y una

20. Entrevista realizada a Benita Jambrina, maestra nacida en Moraleja del Vino en 1917.

21. M.^a Josefa Cabello Pedraza, que conoció a Justa Freire aproximadamente hacia 1925, me confirmó que «la tía Juana estaba un poco mejor de dinero y le pagó la carrera». Entrevista realizada a M.^a Josefa Cabello Pedraza, hija del primer matrimonio de Tomás Cabello.

Juana Mendez Mangas siguió viviendo, o pasando largas temporadas, en Moraleja del Vino, pues allí le enviaba Justa sus cartas desde el extranjero en los años veinte. Debió fallecer al final de esa década.

22. Tarjeta postal de Justa Freire a Ángel Llorca (15 de abril de 1927). Legado Justa Freire, Fundación Ángel Llorca.

23. Rodríguez Méndez, J. y Hernández Díaz, J. M.^a (dir.): *El edificio de la Escuela Normal de Zamora*, Zamora, Diputación Provincial de Zamora/Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», 2008.

compañeras que superaron esta prueba.²⁴ En el curso 1912-1913 realizó el primer año del Grado Superior, consiguiendo siete Sobresalientes en las diez asignaturas y en el curso 1913-1914 acabó todo el segundo curso del Grado Superior, con Sobresaliente en las once materias. Apareció también la primera de las treinta y una compañeras de su promoción en los exámenes de Reválida de Maestra Superior, que superó en el mes de junio con Sobresaliente, y el 30 de septiembre de 1914 se le concedió, tras realizar un examen ante un Tribunal, el Premio Extraordinario de Fin de Estudios.²⁵ En su paso por la Escuela Normal de Zamora, como no podía ser menos, dejó recuerdo de «estudiante superdotada y pundonorosa»,²⁶ como años más tarde recordaría uno de sus compañeros de profesión, Jesús Guerrero y Puente, uno de los hermanos Guerrero con los que iniciaría una amistad en esta primera etapa zamorana,²⁷ amistad que se fortalecería mucho más en el periodo de la posguerra madrileña. La prensa local se hizo eco entusiasta del premio, que no dejaba de ser el más «señalado triunfo» que podía obtenerse en la carrera de Magisterio.²⁸ Pero, ¿qué significó personalmente para Justa Freire el estudio de la carrera de Maestra Superior?

Es posible que le resultase difícil construir relaciones con sus compañeras de promoción, que en la mayoría de los casos quizás ni siquiera deseaban dedicarse a la docencia ni compartirían con ella sus anhelos y entusiasmos, y a las que apenas volvería a ver después de terminar los estudios. El hecho de que en la fotografía que se conserva del grupo de alumnas de la Escuela Normal de Zamora, fechada en 1914, Justa apenas reconozca, recuerde y escriba los nombres de cuatro de las casi cuarenta compañeras que en ella aparecen, es altamente significativo. Sí que anotó, en cambio, el nombre completo de las cinco profesoras retratadas, quizás las más cercanas a esa promoción de alumnas y las que más influyeron en Justa en sus años de formación. Las dos figuras centrales corresponden a María González Almendral y Pilar Areal Valbuena, las directoras saliente y entrante de la Escuela Normal en ese año de 1914. La primera, unos veinte años mayor que Justa, debió reemplazar en esos cursos a la madre ausente, guiando y supervisando sus primeros pasos académicos. Que, muchos años después, se dirigiese a ella con apelativos como «Justita» o «hijita» o «mi querida discípula Justa»²⁹ me reafirma en esa hipótesis de la relación materno-filial que pudo forjarse entre ellas en esta etapa normalista. Pilar Areal, profesora de Labores y Economía Doméstica, quizás ejerció como figura de autoridad y empezó a canalizar las primeras inquietudes de Justa hacia el Dibujo y los Trabajos Manuales.

Pero el primer nombre que aparece escrito en esa fotografía de 1914 es el de María Cebrián, una profesora cuya relación personal con Justa solo está documentada por una tenue nota escrita a lápiz y fechada en noviembre de 1927, pero que, a lo mejor inconsciente e indirectamente, debió ejercer en su vida un papel fundamental.

24. «Juventud Estudiosa», *Heraldo de Zamora*, 4.914 (21 de junio de 1912), p. 2.

25. Expediente Personal de Justa Freire Méndez; Archivo General de la Administración (AGA), leg. 31/18174.

26. Expediente de depuración de Justa Freire Méndez; AGA, caja 32/13147, exp. nº 32.

27. Los hermanos Guerrero eran unas de las pocas personas que se permitían la confianza de llamar a Justa Freire «Justita».

28. *Heraldo de Zamora*, 5.583 (6 de octubre de 1914), p. 2.

29. Carta y tarjeta postal de María G. Almendral a Justa Freire (15 de febrero de 1948 y 29 de noviembre de 1949). Legado Justa Freire, Fundación Ángel Llorca.

María Antonia Cebrián y Fernández de Villegas apareció en la Escuela Normal Superior de Maestras de Zamora en septiembre de 1913, como profesora numeraria de la Sección de Letras. Con una edad muy similar a la de sus alumnas, no es difícil imaginarse el impacto que en ellas supuso su llegada. Pero Justa debió identificarse con ella más profundamente que las demás, pues María venía de una familia con un padre tempranamente ausente, por fallecimiento, en la que predominaba el elemento femenino capitaneado por sus hermanas mayores Dolores y Amparo, y traía un bagaje de experiencias escolares traumáticas, porque se había educado en un colegio de huérfanas de militares en Aranjuez, regido por monjas y tremendamente estricto.³⁰ Es muy posible que fuese María quien iniciase a Justa en el conocimiento de Pestalozzi, dentro de la materia de Historia de la Pedagogía, un autor que le mostró el camino de la renovación pedagógica. «Desde que estudié a Pestalozzi, que tendría entonces 18 años, pensé que nuestros métodos de enseñanza estaban equivocados», escribiría Justa décadas después,³¹ y, efectivamente, demostró a lo largo de su vida un gran conocimiento y admiración hacia el pedagogo suizo, al que denominaba «el Maestro de Maestros».

Pero María le debió aportar mucho más. Proveniente de una familia liberal, con un padre que era visitado por Giner de los Ríos en sus viajes a Salamanca,³² y una madre moderna «que creía que las mujeres debían poder ganarse la vida y no depender de un marido —cualquier marido— para vivir», ideas que inculcó firmemente en sus seis hijas, María significó muy posiblemente para Justa el modelo a seguir.³³ Pero aún significó mucho más. Su hermana Amparo se había casado con Luis de Zulueta y, poco después, la otra hermana, Dolores, se unió a Julián Besteiro. Todas ellas estaban totalmente integradas en los círculos institucionistas y daban clase en la escuela de Martínez Campos. Con estas conexiones familiares, María era la persona más indicada para mostrar a Justa nuevos horizontes, para enseñarle aquello que intuía pero que anhelaba confirmar, que había otras rutas posibles para la educación y que estos caminos eran los abiertos en España por la Institución Libre de Enseñanza.

Con este mensaje entusiasta en su maleta, Justa Freire cerró por última vez la puerta, un 30 de septiembre de 1914, de la Escuela Normal Superior de Maestras de Zamora. Acababa de cumplir dieciocho años y ante ella se abría un caleidoscopio de posibilidades. Hacia él se encaminó con esperanza y con optimismo.

30. Zulueta, C. de: *Compañeros de paseo*, Madrid, Renacimiento, 2001, p. 97.

31. Freire, J.: «La lectura por la escritura, para la rápida alfabetización» (artículo preparado para *Servicio*, s.f.). En *Viejos papeles de Don Ángel Llorca*, loc. cit.

32. Jiménez-Landi, A.: *La Institución Libre de Enseñanza*. Tomo IV: *Periodo de Expansión Influyente*, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura/Universidad Complutense de Madrid/Universidad de Barcelona/Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, p. 476.

33. Zulueta, C. de: *La España que pudo ser: memorias de una institucionista republicana*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2000, p. 22.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PRESENTACIÓN. Justa Freire, una maestra y su circunstancia	11
CAPÍTULO 1. Una niña que se educó a sí misma: orígenes y formación de Justa Freire	15
CAPÍTULO 2. La Escuela de las Golondrinas: las primeras experiencias como maestra	25
CAPÍTULO 3. El encuentro con el ideal: primeros años en el Grupo escolar «Cervantes»	35
CAPÍTULO 4. Hacia la europeización de la escuela: el viaje colectivo de los maestros del Grupo escolar «Cervantes»	47
CAPÍTULO 5. El ideal quiere hacerse realidad: segunda etapa en el Grupo escolar «Cervantes»	57
CAPÍTULO 6. El ideal nunca se hizo realidad: un ensayo de interpretación de las relaciones personales de Justa Freire y Ángel Llorca	67
CAPÍTULO 7. Hacia la emancipación profesional: las oposiciones a direcciones de graduadas	79
CAPÍTULO 8. «La escuela está vacía; hemos de procurar que pronto tenga alma»: primer año de vida del Grupo escolar «Alfredo Calderón»	89
CAPÍTULO 9. «Conquistar para la Escuela Nacional a los maestros jóvenes»: segundo año de vida del Grupo escolar «Alfredo Calderón»	99
CAPÍTULO 10. Una incursión en la política educativa republicana: participación de Justa Freire en la Comisión de Reforma Escolar	109

CAPÍTULO 11. Una digna hija del «Cervantes»: tercer año de vida del Grupo escolar «Alfredo Calderón»	119
CAPÍTULO 12. «Yo que necesito tan poco para ser feliz, trabajo y paz»: el Grupo escolar «Alfredo Calderón» en tiempos de guerra	129
CAPÍTULO 13. El ideal, ¿llegó a hacerse realidad?: las Comunidades Familiares de Educación	139
CAPÍTULO 14. Las colonias escolares como laboratorio de la nueva educación: la labor en la sombra de Justa Freire durante la Guerra Civil	149
CAPÍTULO 15. El comienzo del fin: la desintegración del sueño educativo republicano contemplada a través de la mirada de Justa Freire	161
CAPÍTULO 16. 1939, año de la victoria, año de la derrota: el <i>annus horribilis</i> de Justa Freire	173
CAPÍTULO 17. «Sobre la cárcel, todo lloraba: el cielo, la terraza, los soles y mi alma»: Justa Freire, prisionera en Ventas	189
CAPÍTULO 18. «Luz en las sombras»: Justa Freire, enseñando a vivir y sobrevivir en la cárcel de Ventas	205
CAPÍTULO 19. «Justirritina, tú tendrás una calle en Chile»: reconstruir una vida destrozada en los primeros años cuarenta	221
CAPÍTULO 20. «Quiero ser otra vez yo»: Justa Freire, maestra en el Colegio Británico	235
CAPÍTULO 21. «En ningún caso se le puede destinar a Madrid»: el veto para volver a ejercer en escuelas públicas de la capital	251
CAPÍTULO 22. «Voy hacia ti con rumbo prefijado, llevando mi bagaje de ilusiones»: el encuentro con el ideal espiritual	267
CAPÍTULO 23. Remojar la memoria con agua del destierro: el acercamiento de Justa Freire a la España peregrina	283
CAPÍTULO 24. «Existirán las escuelas de ensueño el día en que seamos capaces de soñarlas»: vivir con un ideal	299
CAPÍTULO 25. «Miss Justa, te escribo para que te pongas buena»: morir con un ideal	311
POST SCRIPTUM	319
AGRADECIMIENTOS	321
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	325
ÍNDICE ONOMÁSTICO	335